

MAURENE GOO

Creo en una  
cosa llamada  
AMOR



Título original: *I Believe in a Thing Called Love*

Traducción del inglés de Ana María Perez

Revisión de Débora Martínez Domingo

Primera edición: marzo de 2020

© 2017, Maurene Goo

Publicado por acuerdo con Farrar, Straus and Giroux,

un sello de Macmillan Publishing Group, a través de

Sandra Bruna Agencia Literaria

© VR Europa, un sello de Editorial Entremares, s.l., 2020

c/ Vergós, 26, 08017 Barcelona - [www.vreuropa.es](http://www.vreuropa.es)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-120950-4-3 - Depósito legal: B-4.744-2020

Maquetación: Cuqui Puig - Diseño de cubierta: Carolina Marando

Fotografía de cubierta: [miya227/Shutterstock.com](https://www.shutterstock.com/author/miya227)

Impreso por TauroGráfica

Impreso en España / *Printed in Spain*

Este libro se ha impreso en papel procedente de bosques

gestionados de forma sostenible y que ha seguido

un proceso de fabricación totalmente libre de cloro.



*Para todo aquel que se haya  
enamorado del amor gracias a  
las series coreanas*

## PRÓLOGO

Cuando tenía siete años, creí mover un lápiz con la mente.

Había oído la historia de un hombre que había aprendido a ver a través de los objetos para poder hacer trampa en los juegos de cartas. El punto era que, si alcanzaba un estado de completa concentración, podía hacer cosas con la mente que cualquier otro ser humano era incapaz de realizar. Aprendió a levitar, a caminar sobre brasas y a mover objetos, entre otras cosas. Sin embargo, lo primero que intentó fue observar algo durante horas para hacer que se moviera.

Así que una tarde limpié mi escritorio y puse en la imponente superficie un portaminas rosa con motivos de conejitos.

Cerré la puerta de mi habitación y corrí las cortinas; pronto la noche lo envolvió todo en la oscuridad.

Me senté frente al escritorio y miré fijamente el lápiz, rogándole que se moviera.

Lo miré sin parpadear durante lo que me parecieron horas, hasta que mi padre llamó a la puerta.

—¡Necesito intimidad! —chillé, sin apartar la vista del lápiz.

Mi padre refunfuñó desde el otro lado, pero al final se retiró arrastrando los pies.

Cuando llegó la hora de la cena, vino a llamar de nuevo y me dijo que tenía que comer.

—¡Interrumpe tu momento de intimidad! —gritó.

Tenía la boca seca y me moría de hambre, pero mantuve los ojos clavados en los motivos de conejitos del lápiz y le dije a mi padre que dejara la comida en la puerta.

En lugar de eso, abrió y asomó la cabeza.

—¿Desi?

—*Appa*, estoy intentando hacer algo muy importante —dije.

Cualquier padre probablemente habría exigido una explicación a su hija de siete años. Habría mostrado curiosidad por saber por qué se había encerrado en su habitación a mirar un lápiz durante horas.

Pero estamos hablando de mi padre. Y resultaba que yo era su hija. Así que se limitó a encogerse de hombros y a ir a prepararme una bandeja de pescado, arroz y sopa de carne de res con rábano. Luego me la trajo al escritorio y la dejó con cuidado para no mover el lápiz.

Olí la comida y casi me desmayo. Pero no podía permitirme apartar los ojos del lápiz.

—Esto..., ¿*appa*?

Sin mediar palabra, mi padre cogió un poco de arroz con la cuchara, lo mojó en la sopa y me lo acercó a la boca. Me lo comí de un bocado. Luego, con los palillos, me dio un poco de pescado. Lo mordisqueé. Me acercó el vaso de agua a los labios, y yo me lo bebí agradecida.

Una vez que terminé con casi toda la comida, mi padre me dio una palmada en la espalda y se retiró con la bandeja en las manos.

—No te quedes despierta hasta muy tarde —me dijo antes de cerrar la puerta.

Con las pilas de nuevo cargadas y el cerebro más fuerte que nunca, continué clavando la vista en el lápiz.

Y entonces, ¿qué? Bueno pues, juro por mi vida, y hasta el día de hoy, que esto fue lo que sucedió: el lápiz se movió. Puede que fuera el movimiento más mínimo, invisible para todo el mundo excepto para mí, pero en cuanto vi que ese lápiz rosa rodaba ligeramente hacia mí y luego se detenía, chillé. Salté de la silla y me tiré del pelo con incredulidad. Corrí en círculos y bailé. Luego aterricé boca abajo en la cama y me quedé dormida.

Intenté el mismo truco con otros objetos: una goma de borrar que olía a fresa, una bailarina para decorar pasteles, un piñón. A pesar de que no hubo suerte, durante años me creí capaz de mover objetos con la mente. En el fondo, sabía que yo pertenecía a ese pequeño mundo especial en el que suceden cosas mágicas. Cosas que jamás le ocurren al resto de la gente, solo a un grupo selecto de personas extraordinarias.

Con el paso del tiempo, esta creencia infantil se fue desvaneciendo de mi poderoso cerebro. No es que eso me perturbara, o que me desanimara la frialdad de la cruda verdad acerca de lo desprovista de magia que estaba la vida real. Simplemente dejé atrás esa etapa de mi vida.

Sin embargo, nunca dejé de creer que para lograr algo basta centrarse en ello. Ser firme. Siempre con la mirada puesta en el premio. Así, no hay nada que no puedas controlar.

Resultaba muy útil disponer de esta herramienta increíblemente potente cuando tenías siete años y habías perdido a tu madre. Los recuerdos que conservaba de justo después de su muerte se habían vuelto vagos, pero en ellos siempre aparecía una versión de mi padre que solo existió durante esos meses. Una sombra de sí mismo, alguien que me ponía a dormir, preparaba la cena y me prestaba la misma cantidad de atención que requerían esas tareas. Sin embargo, cuando creía que yo no lo observaba, se convertía en alguien que podía pasarse horas sentado en una silla a oscuras. Alguien que regaba los geranios de mi madre a las tres de la mañana, que se despertaba con su

alarma a las seis en punto, incluso cuando no tenía por qué despertarse hasta una hora después. Alguien que se quedaba mirando el cuenco vacío durante cinco minutos cada mañana, esperando a que ella le sirviera los cereales y la leche con su técnica patentada de vertido simultáneo. Mi madre siempre lo calculaba para que los copos y la leche llenaran el tazón exactamente al mismo tiempo.

Hasta que un día oí a mi tía susurrándole a mi tío en la cocina: «El tiempo cura las heridas».

Y decidí acelerar el proceso.

Rompí el despertador de mi padre y, con lágrimas en los ojos, le mostré las piezas. Tardó semanas en arreglarlo, y cuando lo hizo, lo configuró para que sonara a las siete en punto. Cada mañana le preparaba los cereales antes de que pudiera sentarse a observar el recipiente vacío. Y mientras él desayunaba, yo regaba los geranios.

Entonces mi antiguo padre regresó. Colocó la alianza de mi madre en un platito de porcelana y, con cariño, quitó el polvo de todas las fotos de ella que había por casa. Y seguimos adelante. Las sombras de debajo de sus ojos desaparecieron y los geranios florecieron, trepando por la puerta del garaje.

«El tiempo no tiene sentido.» Es Desi Lee quien cura las heridas.

Para ponerte en acción solo necesitas un plan. Así convencí a mi padre de que me dejara criar gansos en el patio de atrás, rescaté del cierre nuestra poco financiada biblioteca de la escuela secundaria, vencí el miedo a las alturas haciendo puenting en mi decimosexto cumpleaños (solo se me escapó un poquito de pis) y fui la primera de la clase año tras año. Creí, y aún sigo creyendo, que puedes hacer realidad tus sueños paso a paso. Que, con perseverancia, puedes lograr lo que sea.

Incluso enamorarte.

# CAPÍTULO 1

Si piensas en la vida como una serie de imágenes nostálgicas dispuestas en un montaje a cámara lenta, te perderás muchos de los fragmentos aburridos. Entre las imágenes borrosas de ti soplando las velitas de tu pastel de cumpleaños y las de tus primeros besos, habría una gran cantidad de imágenes tuyas en el sofá mirando la televisión, haciendo los deberes o aprendiendo a ondularse el pelo perfectamente con una plancha.

O, en mi caso, supervisando un evento escolar más, como la feria de otoño.

Añádidle a eso un poco de vómito.

Le di con cuidado unas palmaditas en la espalda a Andy Mason mientras se inclinaba en un contenedor de reciclaje. Esta es, sin duda, una de esas escenas patéticas que no entrarían en el montaje de mi vida.

—¿Todo bien? —pregunté al capitán del equipo de tenis, que medía un metro noventa de alto, mientras se enderezaba.

—Sí, gracias, Des —asintió, avergonzado, limpiándose la boca.

—De nada, pero tal vez no deberías subir al Fundidor de Cerebros tres veces seguidas...



Era un sábado por la noche de finales de noviembre y la feria de otoño del Instituto Monte Vista estaba en su punto álgido. El campus, construido sobre un acantilado costero del condado de Orange, era una maravilla arquitectónica de última generación que se encontraba en plena expansión.

Andy se tambaleó al pasar junto a mi mejor amiga, Fiona Mendoza, que se apartó de él.

—¿Un vomitón? —preguntó mientras arrugaba la nariz.

Fiona llevaba un pantalón holgado, una camisa de hombre, calzado de senderismo y una bufanda con patrón de rayos. Sus ojos, de color ámbar y marcadamente delineados, me miraban parpadeando despacio y con cierta intención. Fiona bien podría ser una princesa mexicana de Disney, si no fuera porque se vestía como una indigente y se maquillaba con unos productos malísimos.

—Los grandullones son los que siempre tienen los estómagos más pequeños y delicados —dije.

—Suertuda —repuso, guiñándome un ojo.

—Sí, claro, es que a ti te encantan los grandullones —le dije con una risotada.

De hecho, a Fiona le encantaban las chicas menudas.

Mi risa mutó en una tos seca cuya fuerza hizo que me inclinara. Cuando me recuperé, vi a Fiona sosteniendo un termo.

—Tu padre me ha pedido que te trajera esto —me dijo.

Había dos píldoras para el resfriado y la gripe pegadas con cinta al tapón. Sonreí cuando vi el post-it. La caligrafía con garabatos de mi padre decía: «¡Cómételo todo aunque te encuentres fatal!». Había manchurriones negros por todos lados, el sello personal de un mecánico de coches.

Abrí el termo y el aroma a sopa de algas salada flotó en el aire.

—¡Mmm! ¡Gracias, Fi! —exclamé.

—De nada, pero... ¿por qué demonios estás aquí? ¿No tenías la enfermedad del pulmón negro? —preguntó mientras caminábamos hacia un banco para sentarnos.

—Porque, no sé si lo recuerdas, pero estoy a cargo de esta fiesta. Además, la enfermedad del pulmón negro es comúnmente conocida como «neumonía», y yo no tengo eso —repuse.

—Tú estás a cargo de todo. Perdona, Desi, pero esto no es más que una estúpida feria escolar. ¿No podría haberse ocupado algún subordinado del consejo estudiantil?

Fiona se recostó en el banco.

—¿Quién? ¿Jordan, mi desafortunado segundo? —repliqué.

Jordan era el vicepresidente y fue votado básicamente por su pelo.

—Se hubiera presentado aquí mañana. No, ni en broma. No me he pasado semanas planificando todo esto para que alguien acabe arruinándolo todo —concluí.

Fiona se quedó mirándome, dejando que la idiotez de esa afirmación se asentara entre las dos. Una vez que el castigo se apoderó de mí de forma debida, habló:

—Des, tienes que relajarte. Es el último año, ya puedes calmarte.

Su cuerpo entero enfatizó sus palabras: estaba sentada de piernas cruzadas, con un brazo en el apoyabrazos y la barbilla descansando sobre él.

—¿Acaso me han aceptado en Stanford? —dije tras darle un sorbo a la sopa.

Fiona se enderezó mientras me apuntaba con una uña larga y brillante.

—¡No! No. En cuanto entregues la solicitud, no quiero volver a oír ese nombre en lo que queda de año. —Hizo una pausa dramática—. En realidad, en lo que me queda de vida.

—¡Pues mala suerte! —exclamé antes de meterme las píldoras en la boca y tragarlas con un sorbo de agua.

Me lanzó una mirada inquietante.

—Des, es un hecho. Si una adolescente nerd como tú, a caballo entre la Madre Teresa y una Miss América adolescente, no entra en esa universidad, ¿quién lo hará?

Tosí de nuevo, con un sonido flemoso que rememoraba el final de los tiempos. Fiona retrocedió con cara de asco.

—¿Sabes cuántos jóvenes se parecen a mí sobre el papel? Promedio general de sobresaliente, presidenta del cuerpo estudiantil, miembro de los equipos del instituto, puntuación perfecta en el examen de admisión, mil millones de horas de servicio a la comunidad.

La expresión de Fiona se suavizó ante la cantinela de siempre.

—Bueno, por eso pediste la entrevista, ¿no?

Sonaba al borde del hastío mientras miraba a un grupo de chicas que pasaba caminando por delante de nosotras. Fiona, mi mejor amiga desde el segundo curso, se sabía de memoria la balada del sueño de ir a Stanford de Desi Lee desde que se la había cantado a viva voz a la edad de diez años.

—Sí, pero la entrevista es en febrero, un mes después de haber entregado la solicitud. Me pone nerviosa que la fecha límite ya haya pasado —murmuré.

—Des, hemos hablado de esto un millón de veces. ¿No querías tomar la decisión correcta, tener el máximo de probabilidades y todo eso? —preguntó.

—Sí, lo sé —respondí mientras jugueteaba con desgana con la sopa.

—Entonces no te preocupes, ¿de acuerdo? —dijo Fiona dándome una palmada en el brazo.

Cuando me terminé la sopa, Fiona se largó para ir a buscar a nuestro amigo Wes Mansour. Me paseé por la feria de nuevo, para asegurarme de que los chicos del equipo de

béisbol no estaban regalando los peluches de premio a las chicas más monas, y para procurar que la gente mantuviera el orden en la fila sin fin del camión de los helados. Me dirigía a los baños cuando me topé con algunos estudiantes de primer curso a quienes reconocí: un grupo de chicos bien peinados con camisetas impecables y calzado caro.

—¡Ey, jefa!, ¿cómo va? —me preguntó uno de ellos.

Todo él encanto y ojos brillantes. El tipo de chico que nace con un sombrero fedora posado informalmente en su cabeza.

Sentí sus ojos en mí y mis mejillas se sonrojaron.

—Esto..., bien. ¡Divertíos! —exclamé, mientras los saludaba con la mano de manera exaltada e incómoda antes de alejarme.

Por el amor de Dios. «¡Divertíos!» ¿Quién era yo? ¿Su madre? Me estaba pateando mentalmente cuando alguien me agarró por detrás.

—Sí, ¿cómo va, jefa?

La voz burlona sonó a escasos centímetros de mis oídos. Wes. Cabello negro espeso recogido en una especie de cola moderna perfectamente revuelta, la piel morena más suave e inmaculada que se pueda imaginar, y unos ojos somnolientos bajo el peso de sus intolerables pestañas. Las chicas suspiraban por él.

Sí, mis dos mejores amigos eran tan sexis que me recordaban a diario mi falta de sensualidad.

Me volví y lo abofeteé en el brazo.

Wes se agarró donde lo había golpeado e hizo un gesto de dolor.

—¡Usa tus propias palabras! —me ladró.

Fiona estaba detrás de él, con una bolsa repleta de algodón de azúcar rosa. Los miré a ambos con el ceño fruncido, pero antes de que pudiera hablar, otro ataque de tos arremetió contra mí.

—¡Puaj, Des! —exclamó Wes mientras se cubría la nariz con el cuello de la camiseta—. Tengo un partido importante la semana próxima. Si caigo enfermo, te mataré.

Al igual que yo, Wes era un nerd deportista. Su deporte preferido era el básquet, su ciencia favorita la física, y era un friki de los cómics y Los colonos de Catán. Una vez se mantuvo en el primer puesto online durante tres meses hasta que fue derrotado por una niña de ocho años de Brasil.

—Es bueno exponerse a los gérmenes, ¿sabes? —dije mientras me aclaraba la garganta de manera violenta.

Los dos, Wes y Fiona, pusieron mala cara.

—¡Perdónanos, doctora Desi! —gruñó Wes.

—¡Uy! Pero si justo estaba empezando. Iba a comenzar con la lección de los futuros trasplantes fecales.

—Me gustaría estar una semana sin oírte hablar acerca de los malditos beneficios de las bacterias de los intestinos —dijo cerrando los ojos con dramatismo.

—Vale, pero cuando sea doctora y trate las alergias estacionales con trasplantes fecales me lo agradeceréis —dije encogiéndome de hombros.

—¡Dios! —soltó Fiona, que arrojó el resto del algodón de azúcar en un cesto de basura.

Esperé más quejas, pero, sin embargo, recibí silencio. Y expresiones extrañas. Fiona y Wes miraban a mis espaldas. Me di la vuelta y me encontré con un pecho ancho.

—¿Qué son los trasplantes fecales? —preguntó una voz baja.

Miré hacia arriba. Ay, Dios mío.

Max Peralta. Un metro ochenta y ocho de atractivo, atractivísimo..., estudiante de primer año. Luego oí unas risitas detrás de mí. Cuando Fi y Wes descubrieron que el flechazo que tuve la primera semana de clase resultó ser con un chico de primer año... Bueno, fue el mejor día de mi vida.

—Oh, eh, nada. ¡Ey, hola! —respondí en un tono que solo un perro percibiría.

«Desi, no hables hasta que puedas controlar tu maldita voz.»

Sonrió. Dientes blancos en contraste con una piel bronceada y acariciada por el sol. ¿Cómo, en el nombre del Señor, podía ser él un estudiante de primer año?

—¡Ey! Buen trabajo con la feria, Desi.

—Gracias, Max —repose mientras me sonrojaba por completo.

«De acuerdo, tienes el control. ¡Ahora solo debes mantener la expresión fresca, relajar los hombros y frenar tu instinto natural de chica diligente!»

Max bajó la mirada por un momento, hacia sus pies, y luego la ladeó hacia arriba con una sonrisa. «Maldición.»

—Eh, me preguntaba... ¿Estarás ocupada cuando esto acabe? —quiso saber.

Mi voz se quedó atrapada en la garganta. Me la aclaré. «¡Atrás voz chillona!»

—¿Cuando acabe la... feria? —pregunté.

—Sí, ¿tienes que, no sé, limpiar o algo?

Mis orejas comenzaron a incendiarse, y pude sentir sus ojos en mí.

—Nop, nada de limpiar, estoy libre.

Un momento, ¿acaso estaba yo motivando esa situación? Él era guapo, no había dudas al respecto..., pero seguía siendo un estudiante de primer año.

Fue como si me leyera la mente.

—Lo sé, probablemente no tengas citas con chicos menores que tú —dijo manteniendo sus ojos sobre mí.

Ja, ja, ja: citas.

Pero estaba en lo cierto. Él estaba en primero. Yo en mi último año. Así que intenté armarme de valor para rechazar su invitación. Sin embargo, en lugar de eso, sentí que la tos

me invadía. Me coloqué una mano sobre el pecho y cerré la boca apretando fuerte. «No, este no es el momento.»

Pero hay ciertas cosas que tienen poder en sí mismas.

Así que tosí. Muy fuerte. Y la flema que llevaba resonando en mi pecho todo el día aterrizó justo en el frente de su camisa a rayas recién planchada.